

La noble misión de educar



Osdeni Antúnez, director de la Escuela Pedagógica Fulgencio Oroz.

YOEL RODRÍGUEZ TEJEDA
FOTOS: OILDA MON Y JOYME CUAN

Algunos trabajos requieren, además de sacrificio y años de estudio, vocación. Educar es una de las profesiones más nobles que existe, una actitud ante la vida con la cual se nace y se desarrolla con el paso de los años.

Participar en la formación de niños, adolescentes y jóvenes es tarea ardua, que conlleva esfuerzo y participación, no solo de los profesores, sino también de la familia. De ahí la importancia del correcto proceso de captación para las Escuelas Pedagógicas desde edades tempranas.

EL INICIO DE UN LARGO CAMINO

Desde 2010, ante la necesidad de maestros en las aulas se abrieron las Escuelas Pedagógicas —antes formadoras de maestros— para preparar docentes en las educaciones Primaria, Preescolar y Especial, a partir de egresados del noveno grado.

Osdeni Antúnez Herrera, director de la Escuela Pedagógica Fulgencio Oroz, señaló

que “este año realizaremos nuestra cuarta graduación con cerca de 1 000 egresados en las tres especialidades, así como la segunda de maestros de idioma Inglés para la Enseñanza Primaria, carrera añadida al centro en 2013.

“Sumado a los graduados de la Escuela Pedagógica Salvador Allende, son más de 1 500 docentes los que recibe La Habana desde que reabrieron estos centros, todo un logro del Ministerio de Educación”, destacó.

Jennie Vasallo Govín, directora de la unidad de reserva directa de la Escuela Pedagógica Salvador Allende, explicó que en ambas instituciones están creadas todas las condiciones para formar con calidad a los pedagogos que se necesitan, lo cual ratificó Ana Liset Pardo, quien cursa el primer año de la especialidad de Inglés en la Fulgencio Oroz: “recibimos una preparación integral. Contamos con aulas y laboratorios equipados con las más modernas tecnologías, sobre todo para las asignaturas de Educación Musical e Idioma”, argumentó.

Antúnez Herrera explicó que, desde primer año los estudiantes se vinculan a los centros escolares y realizan prácticas semiprofesionales, pero no es hasta que terminan los cuatro años de preparación que asumen a tiempo completo la docencia.

“Al término de la carrera, los maestros tienen la opción de continuar sus estudios en la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona para alcanzar el título de Licenciado en Educación. Matriculan en el Curso por Encuentros, sin abandonar su trabajo en el aula, pero los mejores expedientes tienen la posibilidad de acceder al Curso Regular Diurno y dedicarse a tiempo completo a sus estudios”, explicó.

ORIENTAR PARA EDUCAR

Enith Marrero Delgado cursa el 12 grado en el preuniversitario Manolito Aguiar en el municipio de Marianao y decidió optar por

mera opción por la Licenciatura en Lengua Inglesa en la Universidad de Ciencias Pedagógicas Enrique José Varona.

“El trabajo de los profesores con nosotros es muy bueno, nos ayudan en todo lo relacionado con la orientación vocacional desde el momento que decidimos continuar nuestros estudios en una carrera de perfil pedagógico”, comentó.

Yusleydis Padrón Díaz, quien atiende el Departamento de Orientación Vocacional en ese preuniversitario argumentó que “nuestra escuela tiene el convenio Unidos para educar, mediante el cual, y de conjunto con el Pedagógico Varona, realizamos trabajos en la comunidad, especialmente con los padres para incentivar su apoyo en la inclinación de sus hijos hacia esta opción de continuidad de estudios. También efectuamos visitas dirigi-

das a escuelas del territorio, especialmente primarias y secundarias básicas, en aras de incentivar la familiarización de los jóvenes con la docencia”.

Nathalí Acosta Sánchez, alumna de cuarto año en la especialidad de Preescolar en la Salvador Allende, explicó que, “nosotros también ayudamos con charlas instructivas, principalmente en las secundarias básicas, con el propósito de mostrarle a los alumnos la importancia de optar por esta carrera”, subrayó.

Concienciar a los jóvenes en la necesidad social de educar, explicarles las múltiples posibilidades de ser útiles que les brinda esa carrera y despertar en ellos el espíritu de enseñar, debe ser una labor constante de todos, para que no falten en las escuelas de La Habana los docentes que se necesitan.



En el preuniversitario Manolito Aguiar los estudiantes de 12 grado se preparan para las pruebas de ingreso.

Jimagua

LISSETTE MARTÍN
FOTO: JUAN CARLOS BETANCOURT CERUTO

Se llama Jesús Asnardo Castañer Urrutia pero esto nada le dice a casi nadie, especialmente a los 107 niños que cada día le rodean. Jimagua basta para nombrar al hombre menudo, de baja estatura y cara seria, pero al mismo tiempo “jaranero y boncheador”, quien muy temprano los recibe en la verja de la primaria Luis Ramírez López, en el municipio de Playa.

Allí llegó en 2010. Venía de Fabricio Ojeda, otra escuela cercana, donde durante 12 años fue el cocinero, pero una operación de la columna vertebral le impidió volver a cargar peso y lo ubicaron en su actual centro, donde atiende la recepción, responde las llamadas, toca el timbre que anuncia el comienzo o término de la jornada, atiende la puerta...

Ahí lo he visto no pocas mañanas y tardes. Quise conocerlo de cerca y le pedí permiso para adentrarme un poquito en esa parte de su vida.

¿Te gusta lo que haces?

—Sí

¿Por qué?

—Ya estoy adaptado a ellos, se cómo tratarlos, al bueno, al indisciplinado, al problemático. Me gano su confianza y me gusta hacerles jaranas, decirles sobrenombres: Riquimbili, Chivichana, Popeye, y lo que se me ocurra, pero siempre con mucho respeto.



“A veces, cuando están en la clase de Educación Física les digo: Mira, esto no se hace así, sino de tal manera, y si no se esfuerzan nunca serán deportistas. Les oriento cómo hacer las cosas bien, y les hablo de cuando era atleta, que llegué a competir en juegos provinciales y nacionales en atletismo y pelota y hasta fui abanderado de los primeros juegos escolares, en el año 1963”.

Entra un padre. Lo saluda y pregunta por su niña. “Está allá en el patio”. Retoma el diálogo.

“Al llegar aquí ya sabía cómo tratar con muchachos; suelo observarlos mucho, les

digo que no falten a clases, que sean disciplinados, nunca les alcen la voz a su maestra... al que se pasa un poquito sé cómo mantenerlo a raya, pues uno nunca es el que puede fallar.

“Cuando alguno me pasa por al lado y se me hace el entretenido lo llamo y le digo: Oiga, buenos días. Hay mucha falta de educación formal, y eso hay que rescatarlo, desde la casa y en la escuela.

“A veces pido permiso a la Directora para dejar pasar a los padres al matutino, para que participen; yo lo veo como una forma de estrechar alianzas”.

¿Qué consejo nunca dejarías de ofrecer?

—Que sean respetuosos. Yo tengo 64 años y esa era la bandera de la gente de antes. La educación que nos dieron nuestros padres era diaria y a todos los profesores debíamos tratarlos con mucho respeto. Incluso estaban autorizados a darnos un cocotazo si nos portábamos mal o cometíamos alguna falta con ellos.

Para la licenciada en Educación Primaria, Nancy Escoto Fernández, actual directora de la escuela, situada en la calle 46, entre 13 y 15, el Jimagua es un hombre de confianza. Ha sabido aquilatarlo con la experiencia concedida por sus casi cinco décadas en el mundo de la enseñanza.

Lo define como alguien muy responsable, con un alto sentido de la disciplina y el deber, adueñado del prestigio y el cariño de la comunidad, los padres, abuelos, maestros y del consejo de escuela. “Los alumnos sienten cariño hacia él, pues por aquí está pasando una segunda generación: los hermanos pequeños de quienes fueron antiguos estudiantes. Los padres le demuestran su confianza al saberlo pendiente de la entrada y salida de su hijo; y es que él los conoce a todos, desde primero a sexto grados; sabe quién se va solo, quién tiene un turno médico y entrará más tarde, pues previamente los progenitores se lo anuncian.

“Tengo la tranquilidad de que mis pioneros y mi escuela siempre están bien cuidados y protegidos por él”.

Y Jimagua sonríe.